

EL ESTILO DE VIDA DEL REINO DE DIOS

Por Jorge Himittian

INTRODUCCIÓN

Estamos acercándonos rápidamente a los años noventa, última década del siglo y del 2do. Milenio de la era cristiana. Algunos estiman que será la década de mayor evangelización en nuestro país. Personalmente lo considero una etapa muy importante en el desarrollo de la obra del Señor en Argentina, tremenda en oportunidades, en medio de fuertes pujas ideológicas que quieren imponerse en nuestra sociedad. Las próximas dos o tres décadas serán de gran responsabilidad para la iglesia, llamada a desempeñar hoy más que nunca, un rol protagónico en el destino de nuestra nación.

Por tal razón considero muy importante este "SIMPOSIO SOBRE EVANGELIZACIÓN". Como aquellos chacareros que, ante la proximidad de una cosecha, se detienen para REVISAR, ALISTAR Y PONER EN ORDEN sus herramientas, su maquinaria, sus hombres, sus silos; como así también MEJORAR y PERFECCIONAR sus métodos y técnicas de trabajo.

La experiencia de la iglesia en Argentina en la década del 80 ha sido positiva en general. Pero, lejos de caer en un engañoso triunfalismo, serena y objetivamente debemos revisar nuestros puntos flojos para superarlos.

La mayoría de las iglesias han experimentado un buen crecimiento numérico. Ha habido un significativo progreso hacia la unidad. Se ha visto una mayor apertura a la acción y a los dones del Espíritu Santo. Se está despertando la conciencia misionera, etc.

A la vez, en la presente década, para bien y para mal, la iglesia evangélica ha pasado a estar en la vidriera ante la sociedad argentina, y la exposición no siempre ha sido positiva. No nos preocupan las calumnias periodísticas, sino nuestro pobre testimonio como pueblo de Dios ante los ojos del mundo a causa de nuestras divisiones y mediocridad. Aunque, en verdad, nuestra mayor preocupación debería ser nuestra condición espiritual ante los ojos de Dios quien conoce nuestra más íntima realidad.

I. CALIDAD Y ESTILO DE VIDA

Hay tres palabras que deberían definir nuestros objetivos fundamentales como iglesia del Señor: CALIDAD – UNIDAD – CANTIDAD.

Las estadísticas sobre crecimiento de la iglesia solo tienen en cuenta la cantidad. Hoy en día, en todas partes hay una suerte de "fiebre" por la cantidad, pero no por la unidad, y menos aún por la calidad. ¿Cuál es nuestra meta? ¿Lograr que Argentina se convierta en una nación con mayoría evangélica? Debemos cuidarnos del "triunfalismo estadístico". Si en los próximos 10 ó 20 años el 20% de la población llegara a ser evangélica ¿sería suficiente para que nos sintiéramos satisfechos? Una cosa sería tener en Argentina 6 ó 7 millones de "evangélicos" y otra muy diferente el tener 6 ó 7 millones de verdaderos discípulos de Jesucristo. Siete millones de personas que meramente saben cantar coritos, leer la Biblia e ir a las reuniones evangélicas no es lo mismo que siete millones de santos comprometidos con el Reino de Dios.

Obviamente Dios quiere tener CANTIDAD, (no sólo 7 sino 30 millones) pero con CALIDAD y en UNIDAD.

Las estadísticas y curvas de crecimiento indican que en las próximas décadas creceremos y nos multiplicaremos. ¿Multiplicaremos también nuestras divisiones? ¿Perpetuaremos la mediocridad?

Toda gran empresa industrial tiene un departamento de "CONTROL de CALIDAD". Es hora de que nosotros también lo tengamos. Debemos detenernos a revisar nuestra calidad y estilo de vida y el de nuestra feligresía.

De acuerdo con las Sagradas Escrituras, Jesucristo quiere levantar una iglesia gloriosa y santa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante (Efesios 5.26-27); edificada con oro, plata y piedras preciosas (1º Corintios 3.11-15); hasta que todos lleguemos... a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4.13).

En términos prácticos esto significa una iglesia integrada por familias que viven en paz y armonía. Maridos tiernos, sabios y amables. Esposas sumisas, de carácter afable y apacible. Hijos respetuosos y obedientes. Muchachos y señoritas que llegan vírgenes al casamiento. Ancianos honorables y venerados por los más jóvenes. Niños felices criados en el amor y temor de Dios. Hombres trabajadores, responsables, diligentes, fieles. Mujeres virtuosas, alegres, llenas de buenas obras. Un pueblo diferente, formados por discípulos que aprender a ser humildes, pacientes, mansos, justos, generosos, sinceros, buenos, felices, honrados, íntegros. Discípulos cuyo estilo de vida es amar, perdonar, servir, confesar sus faltas, obedecer, cumplir, sujetarse a las autoridades, pagar los impuestos, ser siempre veraces, confiar en Dios, amar a su prójimo, ayudar, compartir con los necesitados, llorar con los que lloran, alegrarse con los que rien, ser uno con sus hermanos, devolver bien por mal, sufrir la injusticia, dar gracias siempre y por todo, vencer la tentación, vivir en el gozo del Señor, orar sin cesar, dar testimonio de Jesucristo, ganar a otros para Cristo, hacer discípulos, poner su dinero y sus bienes al servicio de sus hermanos, y sobre todas las cosas, amar a Dios con todo su ser.

En la medida que progreseemos en calidad, progresaremos en unidad. Porque la unidad es el fruto de la calidad, así como la división es evidencia de inmadurez y carnalidad (1º Corintios 3.1-4)

Los hijos de Dios, como hermanos que somos, debemos conformar una sola familia aquí en la tierra, la familia de Dios. Únicamente así devolveremos al evangelio su plena credibilidad ante el mundo. *"Que todos sean uno... para que el mundo crea"*. (San Juan 17.21)

No podemos negar que producir esta calidad y estilo de vida es el propósito del evangelio y debe ser la meta de toda evangelización.

También resulta evidente que nuestra sincera labor evangelizadora no ha producido hasta ahora esta calidad y estilo de vida, por lo menos en la gran mayoría de los creyentes. ¿Qué haremos? ¿Nos resignaremos y elaboramos una "teología de resignación"? (Como la de la zorra, que al no poder alcanzar las sabrosas uvas dijo: "las dejo porque están verdes").

¿Proyectaremos y perpetuaremos sobre los próximos 100 años nuestras divisiones y mediocridad? ¿O buscaremos a Dios y su Palabra para que Él use la nueva década como bisagra que haga girar la historia de la iglesia en Argentina hacia el derrotero glorioso que Dios le preasignó antes de la fundación del mundo?

Esta inquietud es la que motiva la realización del SIMPOSIO. Y a mi se me ha asignado la REVISIÓN del MENSAJE QUE PREDICAMOS EN LA EVANGELIZACIÓN.

II. EL REINO DE DIOS EN LA ENSEÑANZA DE CRISTO

Al estudiar el desarrollo histórico de la obra de Dios en América Latina resulta fácil descubrir que básicamente ha habido dos corrientes o enfoques diferentes en la predicación del evangelio: "el evangelio anticatólico" y "el evangelio de las ofertas".

"EL EVANGELIO ANTICATÓLICO"

Los primeros misioneros evangélicos que llegan a estos países hallaron un gran predominio del catolicismo romano y se hicieron fuertes en la CONTROVERSIA. Esto resultó en un estilo de predicación en el que el énfasis se puso en aquellos textos bíblicos que contrariaban prácticas y creencias de la iglesia católica. No cuestiono lo que hicieron, simplemente describo una corriente predominante en la primera etapa de la obra misionera.

"EL EVANGELIO DE LAS OFERTAS"

La vieja corriente anticatólica fue cediendo paso a paso, hace unos 30 ó 40 años, la que en rasgos generales perdura hasta hoy.

¿En qué consiste esta segunda corriente que llamamos "evangelio de las ofertas"?

Inspirada en predicadores de masas y en una errónea comprensión de la "gracia", con el fin de animar a los pecadores a convertirse y facilitarles el camino, se cometió el grave error (quizás involuntario) de "ensanchar" la angosta puerta de la salvación.

En este enfoque "se ofrecen" al pecador todas las promesas de Cristo, todos los beneficios de la salvación omitiendo casi por completo las demandas del Reino de Dios.

"Cristo te ofrece paz, perdón, felicidad, vida eterna, sanidad, solución a todos tus problemas, liberación de demonios y opresiones, etc." (y últimamente hasta prosperidad económica); y tú en cambio no tienes que pagar nada, no adquieres compromiso alguno; sólo levanta tu mano y ven al frente. Sólo cree y acepta a Cristo como tu amplio benefactor, Salvador, Sanador, Guardador, Libertador, "Prosperador", etc. Hemos ensanchado así la estrecha puerta que lleva a la vida, con el mismo grave riesgo de aquél que para "hacerle un favor" a la crisálida le ensancha la abertura del capullo. El gusano salió pero nunca se transformó en mariposa. ¿Cuántos habrá en nuestras congregaciones que han entrado por la puerta angosta, "ensanchada" por nosotros y nunca han alcanzado una verdadera transformación?

EL EVANGELIO DEL REINO DE DIOS

¿Qué evangelio predicaban Jesucristo y los apóstoles?

Jesús comienza su ministerio predicando el evangelio del reino de Dios. (Mateo 4.17; Marcos 1.14-15) y diciendo: *"arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado"*.

- Recorre toda Galilea predicando en las sinagogas el evangelio del reino. (Mateo 4.23; Lucas 4.43)
- Recorre todas las ciudades y aldeas predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. (Lucas 8.1)
- Envía a los doce a predicar el evangelio del reino de Dios. (Lucas 9.2)
- Envía a los 70 a anunciar el reino de Dios. (Lucas 10.9)
- Declara que la ley y los profetas llegan hasta Juan el Bautista y que a partir de entonces se predicará el reino. (Lucas 16.16)
- El tema de la mayoría de las parábolas que enseña es el reino de Dios. (Mateo 13.19; 24, 31, 33, 44, 45, 47, 52; 18.23; 20.1; 22.2; 25.1; 25.14; Marcos 4.11; 26.30; Lucas 8.10; 13.18, 20, etc.)
- El tema central de sus enseñanzas es el reino de Dios (Mateo 5.3; 6.33; 7.21; 19.13-15; Lucas 12.32-34; 17.20-21; etc.)
- Jesús resucitado sigue hablando a sus discípulos durante 40 días acerca del reino de Dios. (Hechos 1.3)
- Felipe en Samaria predica el evangelio del reino de Dios. (Hechos 8.12)
- Pablo en la sinagoga de Efeso habla por tres meses sobre el reino de Dios. (Hechos 19.8)
- Luego en Efeso se dedica a predicar sobre el reino de Dios por tres años. (Hechos 20.25 y 31)
- En Roma alquila una casa y por dos años predica a todos los que vienen a él sobre el reino de Dios. (Hechos 28.23 y 30.31)
- Jesús declara que será predicado este evangelio del reino en todo el mundo antes del fin. (Mateo

24.14)

- La expresión "reino de Dios" ("de los cielos", "de Cristo" o "reino") aparece 133 veces en el Nuevo Testamento.

EL EVANGELIO DEL REINO Y LA GRACIA

A muchos de nosotros en el pasado se nos enseñó que no estamos bajo el reino sino bajo la gracia. Que Jesús predicó el reino de Dios a los judíos y como ellos no lo aceptaron lo clausuró, para reabrirlo recién después del arrebatamiento de la iglesia. Que ante el rechazo de Israel, Jesús abrió la puerta a los gentiles, inaugurando una nueva dispensación, la de la gracia. Por lo tanto, las demandas del reino y las exigencias del sermón del monte no son para nosotros ni están vigentes hoy, sino que tienen que ver con el futuro y con el milenio.

Por todos los pasajes señalados anteriormente, especialmente los últimos que aparecen Felipe y Pablo predicando el evangelio del reino en el "tiempo de la gracia", resulta evidente que no existe un evangelio de la gracia y otro del reino. El evangelio de la gracia de Dios y el evangelio del reino de Dios son una misma cosa. Estamos bajo su gracia y bajo su reino.

¿QUÉ ES EL REINO DE DIOS?

Es el gobierno de Dios. Dios es la fuente de toda autoridad. El es Rey absoluto del universo por derecho inherente, por ser su creador, dueño y gobernador. El es la autoridad suprema sobre todo cuanto existe.

"De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan". (Salmo 24.1)

La naturaleza obedece al gobierno de Dios de un modo natural y automático. Pero el hombre es un ser con responsabilidad moral y capacidad de decisión, y por lo tanto responsable de sujetarse al gobierno de Dios de un modo conciente e inteligente. Vivir en el reino de Dios significa vivir sujeto a la autoridad de Dios, hacer su voluntad, reconocerle como Rey y dueño absoluto.

Fue precisamente contra esta autoridad que se rebelaron Adán y Eva, y quedaron excluidos del reino de Dios. Rebelión que se extendió a todos los hombres, por cuantos todos pecaron. De allí en adelante la sociedad humana ha vivido en una anarquía moral, haciendo cada uno lo que bien le parecía (Jueces 17.6 y 21.25).

La frase: "Yo hago lo que se me da la gana" describe magistralmente la actitud soberbia y rebelde del corazón humano ante Dios.

Esta es la rebelión que denuncia Dios a través de los profetas: "*Crié hijos y los engrandecí y ellos se rebelaron contra mí*" (Isaías 1.2) "*Mi pueblo está adherido a la rebelión contra mí*" (Oseas 11.7)

"EL REINO DE DIOS SE HA ACERCADO"

Jesús anuncia la buena noticia: el reino de Dios se ha acercado a los hombres. El propósito fundamental del evangelio es reimplantar el reino de Dios entre los hombres, razón por la cual su tema es siempre el reino de Dios.

Para entrar a este reino hay una condición única e insoslayable: sujetarse incondicionalmente al gobierno de Dios en la persona de su Hijo.

Evangelizar significa esencialmente dar a los hombres la oportunidad de entrar al reino de Dios, para ello, es preciso que al oír el evangelio del reino lo crea y deponiendo su rebeldía e independencia de Dios, se sometan

por completo a la autoridad de Jesucristo.

El evangelio debe confrontar a los hombres con el gobierno de Dios y llamarlos a comprometerse con él.

Esta es la constante que observamos en el modo de evangelizar de Jesús. Pedro, Andrés, Jacobo, Juan, Mateo, Zaqueo y otros, ante el llamado de Jesús son confrontados con el mismo gobierno de Dios. Estos hombres, que hasta ese instante habían gobernado sus propias vidas, se sujetan de allí en más a la autoridad y a la orden específica de Jesús.

“Maestro ¿qué haré para heredar la vida eterna?” pregunta el joven rico. Jesús, después de oír el testimonio de su buena conducta, lo confronta con el reino de Dios diciéndole: *“Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dale a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz”* (Marcos 10.21) El joven no se sujeta al gobierno de Cristo, por lo tanto, no hay conversión, ni salvación, ni recibe la vida eterna.

LAS DEMANDAS DEL REINO

En el ámbito evangélico los términos más utilizados para referirse a los que siguen a Cristo son: “creyente” o “convertido”. Pero la palabra más frecuente en el Nuevo Testamento es “discípulo”, que se menciona más de 250 veces.

Muchos creen que existe la posibilidad de ser un simple “creyente”, sin ser discípulo del Señor. Según Jesucristo tal posibilidad no existe. Su orden es hacer discípulos a todas las naciones. El “tren que va al cielo” no tiene boletos de 1° y de 2° clase sino de CLASE ÚNICA. Para subir uno debe hacerse discípulo de Jesucristo, de lo contrario no sube.

Según Jesucristo **¿Cuáles son las condiciones para ser su discípulo?**

- Amar a Cristo más que a padre, madre, esposo, esposa, hijos, hermanos y que a la propia vida. Mateo 10.37; Lucas 14.26
- Negarse a uno mismo, tomar la cruz y seguir a Jesús. Mateo 10.38-39; Marcos 8.34-35; Lucas 14.27
- Renunciar a todo lo que uno posee. Lucas 14.33
- Sujetarse al yugo de Cristo. Mateo 11.29
- Permanecer en sus palabras. Juan 8.31

En cierta ocasión, al predicarle el evangelio del reino a un joven, éste me dijo: ¡Oh, Jesucristo pide mucho! Yo le respondí: “No, no pide mucho, pide TODO”.

“El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo”. (Mateo 13.44)

DIMENSIÓN PRESENTE Y FUTURA DEL REINO.

La dimensión presente es la extensión del reino de Dios. El gobierno moral de Dios se extiende en la medida que hombres y mujeres reconocen a Cristo como autoridad sobre sus vidas.

La dimensión futura es la consumación del reino, que ocurrirá cuando el Rey en persona vuelva.

En las Escrituras hay muchos textos que se refieren a la dimensión presente del reino. Marcos 1.14-15; Lucas 12.31; Lucas 16.16; 17.20-21; Romanos 14.17; Colosenses 1.13; Hebreos 12.28; etc. Y otros que se refieren a la dimensión futura. Mateo 25.34; Marcos 9.47; Gálatas 5.21; Efesios 5.5; 2 ° Pedro 1.11; etc.

También hay pasajes que incluyen ambas dimensiones.

En nuestro contexto tradicional hemos enfocado mayormente, la dimensión futura del reino, enredándonos en complejas discusiones escatológicas. Pero lo grave es que hemos perdido de vista la dimensión presente del reino de Dios.

Como resultado, hemos predicado:

**α un evangelio sin reino,
α una conversión sin compromiso,
α un perdón sin arrepentimiento,
α una fe sin obediencia,
α una salvación sin sujeción,
α bendiciones sin demandas,
α y un cristianismo sin cruz.**

Hemos mal interpretado la gracia, considerándola como la permisión de un Dios bueno para no ser tan santos.

Es evidente que necesitamos recuperar la dimensión presente del reino de Dios.

Pablo, en Colosenses 1.13, enseña que la verdadera conversión es ser liberados de la potestad de las tinieblas y trasladados al reino de Jesucristo.

III. EL CARÁCTER SOTERIOLOGICO DEL REINO

Por todo lo expuesto, se hace necesaria la REVISIÓN de algunos de nuestros conceptos soteriológicos (la doctrina sobre la salvación) a la luz del evangelio del reino.

No los referentes a nuestra doctrina sobre el sacrificio redentor de Cristo, sino al modo de apropiarnos de ella.

EL ARREPENTIMIENTO

Las Escrituras son muy claras cuando señalan que el arrepentimiento es condición indispensable para recibir el perdón de los pecados y la salvación. (Marcos 1.14-15; Lucas 13.3; Hechos 2.38 y 3.19; etc.)

Pero ¿Qué es arrepentimiento?

Arrepentirse es mucho más que pedir perdón sintiendo contrición por haber ofendido a Dios. El verdadero arrepentimiento (del griego METANOIA) significa UN CAMBIO DE ACTITUD HACIA DIOS. Nuestra actitud interior es la que produce un determinado modo de pensar, de sentir y de actuar.

Todo hombre tiene, básicamente, una de estas dos actitudes delante de Dios: REBELIÓN o SUMISIÓN.

La actitud natural del ser humano ante Dios es de rebelión. Decimos natural porque la heredamos de nuestros primeros padres, Adán y Eva.

La rebeldía hacia Dios no siempre se manifiesta de un modo abierto y agresivo. Generalmente se expresa de manera más sutil: en independencia de Dios, en indiferencia ante sus leyes, en vivir como uno quiere. Dicho de

otra forma en vivir como a uno se le da la gana.

La actitud de rebeldía hacia Dios es la raíz que genera todos los otros pecados que se cometen. Si el arrepentimiento es un cambio de actitud ante Dios, entonces, arrepentirse significa deponer la rebeldía y sujetarse definitivamente al Señor.

La nueva actitud de SUMISIÓN a Cristo equivale a estar sujeto a su Palabra. Si no hay sujeción, aún no ha habido arrepentimiento; y sin arrepentimiento no hay salvación.

Cristo mismo dice en Mateo 7.21-23 *“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre”*. En este pasaje, Jesús hace referencia a personas que creen en él, oran, profetizan, echan fuera demonios, hacen milagros, pero no se sujetan a la voluntad de Dios. Jesús advierte con toda claridad que el que oye sus palabras y no las hace edifica su casa sobre la arena; en el día de la tempestad caerá y será grande su ruina. No es suficiente oír la palabra, escuchar sermones, estudiar la Biblia o predicarla; la condición es vivir la Palabra. Edificar sobre la roca es oír y hacer lo que Jesús enseña.

LA FE Y LAS OBRAS

¿Significa esto que la salvación es por obras? De ninguna manera. La salvación es por la fe, pero una fe auténtica y comprometida, una fe que produce obras. La fe sin obras es muerta; (Santiago 2.14-26) y si está muerta ya no es fe, y sin fe no hay salvación. Las obras sin fe no salvan. La fe sin obras no es fe. Lo que vale según San Pablo, es la fe que obra por el amor. (Gálatas 5.6)

Las obras a la que Santiago alude, según el contexto de su epístola, no son las obras de la ley, sino las producidas por la verdadera fe, que consiste en una vida de amor práctico y de santidad.

En cambio, cuando Pablo habla acerca de la justificación por la fe, sin las obras, en Gálatas y Romanos, se refiere a las obras de la ley. Estas consisten en la observancia de la ley ceremonial (Circuncisión, festividades, ritos, sacrificios, etc. Gálatas 4.9-10; 5.2-6; 6.12-15) y en el esfuerzo propio por cumplir la ley moral con su consecuente fracaso (Romanos 7.14-19) El gran argumento de Pablo es que el perdón de los pecados y de la liberación del poder del pecado tan solo se pueden alcanzar por la fe en Jesucristo y por la acción de su Espíritu en nosotros (Romanos 3.21 al 8.16). El resultado de esa fe es que “ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gálatas 2.20)

LA LEY Y LA GRACIA

Es un error pensar que la ley exige santidad moral mientras que la gracia tolera el pecado y la mediocridad. Bajo la gracia no estamos libres de cumplir las exigencias morales de la ley. Las exigencias morales de la gracia son mayores que las de la ley (Véase Mateo 5.21-48, en el sermón del monte). La diferencia entre ambas consiste en que la ley sólo exige, en cambio la gracia provee por Jesucristo el poder para vivir de acuerdo con la justicia de la ley. (Romanos 8.4)

La ley nos exige ser santos, y nos condena por no serlo; la gracia nos perdona y nos capacita para vivir en santidad. El objetivo de la gracia no es sólo declararnos justos, sino hacernos justos.

El propósito de la gracia no es meramente salvarnos del infierno, sino edificar para la gloria del Padre, una gran familia de muchos hijos semejantes a Jesús.

EL “KYRIOS” JESUCRISTO.

Durante años hemos predicado e insistido en que la condición para ser salvos es aceptar a Jesucristo como único y suficiente Salvador. Por supuesto que Cristo es el único y suficiente Salvador; la Biblia enseña con suma claridad que fuera de él no hay salvación. (Hechos 4.12) Pero eso no es lo que está en cuestión, sino cuál es la condición para ser salvos.

Aunque parezca sorprendente, **no existe ni un sólo versículo en las Escrituras que afirme que Jesucristo me salva cuando lo reconozco como mi Salvador**. El apóstol Pablo, en Romanos 10.8-9 declara: *“Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor (EL “KYRIOS”), y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, SERÁS SALVO”*.

No sólo este versículo sino un cuidadoso estudio a través de todo el Nuevo Testamento nos revela que la CONDICIÓN para ser salvos es reconocer a Jesucristo como el “KYRIOS”.

“Kyrios” es la palabra griega traducida “Señor” en castellano; y significa: Jefe, Dueño, Amo y máxima Autoridad. Todo esclavo (*“doulos”*) tenía un *“kyrios”*, quien era su amo y propietario. En el imperio Romano se le daba al César el máximo título de *“KYRIOS”*, quien era el soberano, la máxima autoridad y el dueño de todas las personas y bienes del imperio.

En Filipenses 2.9-11, Pablo proclama que Dios exaltó a Cristo *“hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla... y toda lengua confiese que JESUCRISTO ES EL KYRIOS para gloria de Dios Padre”*.

Pedro en Pentecostés concluye su predicación diciendo: *“A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho KYRIOS y Cristo”* (Hechos 2.36)

Pablo le dice al carcelero de Filipos: *“Cree en el KYRIOS Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa”*. (Hechos 16.31)

En 2º Corintios 4.5 el apóstol dice: *“porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como KYRIOS”* y según 1º Corintios 1.2, la iglesia está formada por *“todos aquellos que en cualquier lugar invocan el nombre del KYRIOS Jesucristo, KYRIOS de ellos y nuestro”*.

El término *“KYRIOS”*, con referencia a Cristo, aparece en el Nuevo Testamento más de 600 veces, mientras que el término *“SOTER”* = SALVADOR sólo se encuentra 16 veces.

Observa la distribución:

	KYRIOS	SOTER
En los evangelios	130	2
En Hechos	170	2
En las epístolas de Pablo	260	6
Resto del Nuevo Testamento	50	6
Total	610	16

¿Es esto una mera cuestión de términos? De ningún modo. Es una cuestión fundamental en nuestra doctrina soteriológica y requiere nuestra más seria revisión.

Los apóstoles no mutilan el evangelio presentado a Jesucristo solamente como Salvador. El kerigma apostólico lo presenta como el Hijo de Dios que murió, resucitó y es el Señor.

Para ser salvo el pecador debe creer y reconocerlo como SEÑOR con todo lo que ello implica.

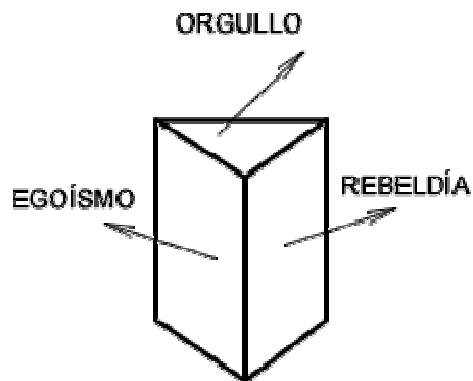
Aceptar a Cristo meramente como Salvador sería pretender recibir el perdón, la salvación, la paz, la felicidad y la vida eterna sin una verdadera sujeción a su Señorío, y tal cosa no coincide con las enseñanzas del Nuevo Testamento. Cristo me salva y me da todos los beneficios de la salvación cuando doblo mis rodillas delante de él y le reconozco como Señor. Esto indica el fin de mi rebelión y la aceptación de su gobierno y autoridad sobre mí. Es la entrega total de lo que soy y tengo, incluyendo mi familia, mi casa, mis bienes, mi dinero, mi tiempo, mis planes, todo, absolutamente todo.

Aceptar a Cristo como Señor es reconocerlo como Jefe, Dueño, Amo y máxima Autoridad sobre mi vida.

Para que Cristo sea mi Salvador debo reconocerlo como mi Señor. Esta es la esencia del evangelio del reino de Dios.

DERRIBAR PARA EDIFICAR

El estilo de vida del hombre moderno, al igual que el de todos los tiempos, obedece a la estructura de su hombre interior (el "viejo hombre"). Dicha estructura se erige dentro de cada descendiente de Adán como un prisma triangular cuyas tres caras son: ORGULLO – REBELDÍA – EGOÍSMO, y constituye el "YO" pecaminoso del hombre.



Cada cara del prisma sostiene, afirma y contiene a las otras dos. El orgullo sostiene, afirma y contiene a la rebeldía y al egoísmo, y así cada uno a los otros dos. Al mantenerse cualquiera de ellos se mantienen los tres, al caer cualquiera de ellos caen los tres.

Son los mismos tres aspectos que podemos observar en el pecado de Lucifer, de Adán, de Caín y de toda la raza humana.

El actual estilo de vida de los hombres responde justamente a este hombre interior orgulloso, rebelde y egoísta. Podemos observar que del **EGOÍSMO** proviene el individualismo, el egocentrismo, el hedonismo, el materialismo, la injusticia, la avaricia, la pereza, la "viveza"; del **ORGULLO**, la ambición, la soberbia, la envidia, la vanagloria, la ostentación, el clasismo, la ingratitud, la hipocresía, etc.; y de la **REBELDÍA** proviene la desobediencia, la fornicación, la mentira, el robo, la ira, la insolencia, el hacer lo que a uno se le antoja. En realidad, las tres conforman una sola cosa.

Cristo al evangelizar tiene como objetivo derribar esta estructura interior en los hombres, para edificar en su lugar un nuevo hombre con características diametralmente opuestas: **HUMILDAD** (en vez de ORGULLO), **MANSEDUMBRE** (en vez de REBELDÍA) y **AMOR** (en vez de EGOÍSMO).

Para ello apunta sus armas espirituales contra la altivez del corazón humano en cualquiera de sus tres caras.

En Mateo 5.3-10 es por demás evidente que Jesús a través de las bienaventuranzas apunta a derribar el orgullo,

la rebeldía y el egoísmo del corazón de los hombres al hablar de los pobres en espíritu, de los mansos, de los misericordiosos, etc.

Lo mismo notamos en Mateo 11.28-30, en Lucas 14.25-33, en Marcos 8.34-37, etc.

Es por eso que Jesús al evangelizar usa con frecuencia términos como estos: "Reino de Dios", "discípulos", "arrepentíos", "sígueme", "niéguese a si mismo", "tome su cruz", "perder la vida", "renunciar a todo lo que se posee", "llevad mi yugo", "aprender a ser manso y humilde", "hacer la voluntad del Padre", etc. (Terminología que es muy infrecuente en nuestra evangelización moderna).

Cada una de estas frases son como poderosos proyectiles y tienen en si mismas una carga espiritual suficiente para derribar la altivez interior del pecador.

El evangelio que no exige renuncia al orgullo, a la rebeldía y al egoísmo, no es el evangelio de Cristo. Hemos intentado construir lo nuevo sin derribar lo viejo.

Primero es preciso derribar lo viejo mediante la "locura" de la cruz. Si le quitamos al evangelio su "locura", le habremos quitado también su poder salvador.

Es muy difícil procurar introducir a los pecadores a vivir según el "nuevo hombre", sin guiarlos a la muerte del "viejo hombre". Para Pablo, según Romanos 6, el bautismo no es un mero "testimonio público de fe" sino muerte y resurrección. El declara: "Hemos muerto al pecado" (v.2), "hemos sido bautizado en su muerte" (v.3); "somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que... andemos en vida nueva" (v.4); "nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado" (v.6)

Antes de la resurrección está la cruz; antes de la vida nueva, la muerte.

Construyamos lo nuevo sobre cimientos nuevos. Sólo podemos edificar a quienes son verdaderos discípulos de Jesucristo, en cuyos corazones está bien implantado el reino de Dios.